

Aplicación del marco de los sistemas complejos adaptativos a un modelo de variación lingüística*

Juan J. LÓPEZ RIVERA
Universidade de Santiago de Compostela

RESUMEN: Este trabajo ha seleccionado un modelo de variación lingüística al que aplicar el marco de los sistemas complejos adaptativos. En ambos casos, el ámbito de actuación de los agentes protagonistas es, ante todo, local, proyectándose, después, fuera de él y haciendo, sin dirección explícita de ninguno de los participantes, emerger conductas colectivas que no figuraban entre los objetivos iniciales de los individuos (siempre movidos por micromotivos). Los hablantes podrían, así, comportarse como un sistema complejo adaptativo en el que la variación se compensaría con la necesidad de mantener un mínimo de inteligibilidad mutua (hecho que actuaría como atractor propio del sistema). El estándar, a su vez, sería otro atractor sobrepuesto, introducido en el sistema por ciertos grupos de hablantes para actuar, también, como vínculo de intercomprensión.

PALABRAS CLAVE: Sistema complejo adaptativo, Variación lingüística, Inteligibilidad mutua, Atractor.

ABSTRACT: This paper has selected a model of linguistic variation in order to apply the framework of complex adaptive systems. In both cases the field of activity of the main agents is first local, but then it projects outside of this level, even though it has no concrete direction from any of the agents involved; this activity triggers the emergence of collective behaviors that could not be found among the initial intentions of the individuals (generated by micro-motives). In this way speakers might behave as a complex adaptive system in which the linguistic variation would be compensated by the need to maintain a minimum level of mutual intelligibility (which would be an attractor that is intrinsic to the system). The standard is, at the same time, another juxtaposed attractor introduced into the system by certain speakers in order to act as a bond of mutual intelligibility as well.

KEYWORDS: Complex adaptive system, Linguistic variation, Mutual intelligibility, Attractor.

* Una versión previa y reducida de este artículo fue presentada al “5^{to} Congreso Bienal Internacional acerca de las implicaciones Filosóficas, Epistemológicas y Metodológicas de la Teoría de la Complejidad” (La Habana, 6-8 de enero de 2010). Ha sido realizado al amparo de los proyectos de investigación “Elementos de poética en gramáticas y comentarios filológicos de los siglos XV a XVII” (HUM2007-61441/FILO) y “El comentario filológico hispánico en los siglos XV a XVII: estudio y edición” (FFI2010-16903), del Ministerio de Ciencia e Innovación. Asimismo, la elaboración de estas páginas debe mucho (en realidad, todo lo bueno que en ellas se pueda contener) al impulso, sugerencias y debate de su contenido con el Prof. Dr. Víctor M. Longa; vaya para él mi más profundo agradecimiento. Quisiera dar las gracias, además, al revisor anónimo por los comentarios enriquecedores con los que ha valorado este trabajo.

1. INTRODUCCIÓN

En el cruce de dos campos de estudio, con procedencia disciplinar dispar, aunque con vigencia y vigor equiparables, es donde se pretende ubicar este trabajo. Uno de esos campos (el específicamente lingüístico), en realidad, no ha dejado de tenerlos en los últimos decenios; el otro los ha ido ganando, en el mismo espacio temporal, muy especialmente como vehículo de distintos ensayos de interdisciplinariedad. Evidentemente, no habrán de ser estas las primeras páginas en las que se haya llevado a efecto un intento de conjunción semejante¹; son, ahora ya, numerosas, a este respecto, las propuestas en las que se ha propiciado el encuentro de disciplinas o aspectos lingüísticos de todo cariz con el marco de los sistemas complejos. Todos estos tratamientos, indicio de lo bien que pueden llegar a acomodarse ambos dominios, invitan a continuar explorando la misma vía, sobre todo cuando en el asunto que nos ocupará es sencillo hallar condiciones para mantenerse en esa línea de buena acomodación.

No se avanzarán, con todo, en estas páginas tratamientos completos de la variación lingüística o de la dinámica de los sistemas complejos adaptativos, ambos considerados en y por sí mismos. Ello nos obligaría a plantear modelos de aproximación teórica, sobre la base de una pormenorizada valoración de los precedentes pertinentes; modelos que habríamos de sustentar, por otra parte, en exhaustivos trabajos de campo con los que darles cuerpo. Lejos de eso, abundaremos en aquellos aspectos donde puedan encontrarse la complejidad adaptativa, tal y como actualmente se la concibe, y un modo de entender la variación intralingüística que prioriza el proceder de hablantes individuales que interactúan de forma muy similar a como lo hacen los agentes descentralizados en los sistemas complejos; agentes estos últimos que, moviéndose en ámbitos locales, alcanzan a generar sin proponérselo específicamente (y sin que ninguno de ellos disponga, liderando una inexistente planificación, lo necesario para conseguirlo) procesos o entidades globales que los desbordan. Son estas las razones de la elección de la propuesta de C. F. Hockett; su enfoque hace recaer todo el peso de la actividad lingüística (y la responsabilidad de la variación lingüística) en personas que, desde su particularidad, buscan la intercomprensión con otras de su entorno más inmediato, provocando, con ello, la aparición de estructuras micro y macrolingüísticas que no estaban entre sus objetivos primarios (siendo estos, sobre todo, atender a iniciativas de proximidad).

No es, por ello, de extrañar que hayamos renunciado a cualquier evaluación de la propuesta de Hockett, juzgándola en sí misma por su adecuación a los hechos que aborda; tampoco pretendemos dar a entender, con su elección, que se constituya, en nuestra opinión, en la aproximación más acabada a la variación lingüística (aunque lo sea, ciertamente, para nuestros propósitos). Somos conscientes de que, entre las críticas que podría suscitar el haber optado por Hockett, cabría reprochárse nos el retomar una aproximación muy antigua, prescindiendo, así, de otras que, además de ser más recientes y de pertenecer a disciplinas especializadas en estos asuntos, ofrecen perspectivas opuestas, ya para destacar el papel de

¹ Otro tratamiento de la variación lingüística inspirado por la teoría biológica evolutiva y, también, por el marco de los sistemas complejos adaptativos puede verse en Ritt (2004), donde se aplica a los cambios fonológicos y morfológicos en la historia del inglés.

la colectividad, ya para poner el acento en grupos reducidos (redes sociales) como artífices de la variación. No obstante estar enmarcado, en efecto, en otro orden explicativo, puesto que arranca de la agencia individual, en el diseño de Hockett no puede negarse que desempeñan, con todo, también un papel importante las pequeñas y grandes agrupaciones de hablantes, que son, en definitiva, el resultado al que tienden conductas inicialmente particulares. En nuestra opinión, cumple, entonces, con el requisito de servir al propósito ya mencionado de abordar un nuevo intento de interdisciplinariedad y, además, lo hace propiciando recorrer todo el arco de la variación lingüística: desde lo individual a los diferentes grados de organización de lo colectivo.

2. EL MODELO DE VARIACIÓN LINGÜÍSTICA DE C. F. HOCKETT

Problema. Un antropólogo llega a un valle en la montaña en el que hay once aldeas. Encuentra que en cada una se habla un dialecto o lengua diferente y que es obvio que están emparentados, en tanto que ninguno lo está estrechamente con dialectos hablados fuera de ese valle. Llamemos a las aldeas (y a sus dialectos) *A, B, ... K*. Se comprueba empíricamente que individuos de distintas aldeas pueden entenderse algunas veces sí y otras no. En concreto, los dialectos de los siguientes pares de aldeas son mutuamente inteligibles: *AB, AC, BC, BD, BE, CD, CF, DE, DF, DI, DJ, EI, EJ, FG, FI, FK, GH, GK, IJ, IK*.

Suponiendo que toda la población es sedentaria, de modo que las aldeas contiguas tienen dialectos más similares que los de aldeas más separadas, bosquejar un mapa que muestre la más probable ubicación relativa de las aldeas. No señalar el “norte”, puesto que no se da información sobre ese detalle de geografía “absoluta” (Hockett 1958: 326-7).

La lectura del texto anterior sugiere, inmediatamente, la idea de estar ante un sencillo y (tal vez) ingenuo ejercicio propuesto en alguno de los manuales de lingüística al uso. Cierra, en efecto, requiriendo la aplicación práctica de las consideraciones teóricas que le anteceden, uno de los apartados dedicados a la variación de *A Course in Modern Linguistics*. A lo que se ve, además, exige poco de la pericia de quien decida enfrentar el problema planteado (tan solo se solicita hallar la distribución geográfica de los pares de dialectos o lenguas aludidos). Aparentemente, entonces, tanto por su procedencia como por el grado de dificultad que implica, el interés que pueda despertar este fragmento parece relativamente pequeño, fuera de las posibles proyecciones docentes del ámbito específico en el que ha surgido. Sin embargo, ese simple ejercicio es, a su modo, también una recreación artificialmente diseñada, una simulación que, a pesar de serlo, contiene todos los ingredientes que se encierran en una típica situación de convivencia real de variedades lingüísticas (algo que le confiere valor como instrumento propedéutico). Siguiendo el curso de lo relatado en el planteamiento del problema, de la mano del antropólogo supuesto, tendremos que imaginar un espacio geográfico perfectamente delimitado, donde se encuentran e interactúan dialectos o lenguas que han alcanzado el grado de intercomprensión mutua (y de parentesco) que el diseñador les ha asignado, gracias a un desarrollo histórico común dentro de un entorno circunscrito de proximidades y distancias relativas (de mayores y menores similitudes) entre aquellos códigos lingüísticos. Evidentemente, el espacio, los propios dialectos y su fondo compartido son tan supuestos como el antropólogo, aunque todos ellos tienen grandes opciones de correspondencia con la realidad, de otro modo no sería factible que,

con la información que se suministra, fuese posible trazar un mapa representativo de las condiciones imaginadas en el ejercicio.

A poco que explorásemos más en este carácter de simulacro, descubriríamos que lo que nos muestra el problema del antropólogo es, además, un corte (siempre figurado) sobre una progresión de cuyo pasado también se nos informa (la trama de emparejamientos apunta a una unidad ancestral de todos ellos). Es, en fin, un dinamismo que, habiendo sido creado no espontáneamente, ha sido detenido en un momento dado, a voluntad, asimismo, de su creador. Con esta progresión dinámica entre iguales, son varios los aspectos de la situación lingüística recreada por Hockett que se podrían fácilmente asimilar a las características de los sistemas complejos adaptativos². Como en ellos, hay una serie de elementos (dialectos) vinculados a través de una red rica de interacciones (parejas intercomprensibles) que, partiendo de una disposición inicial mínimamente indiferenciada, han ido configurando una entidad global descentralizada, una lengua, organizada desde agrupaciones locales binarias, sin que exista un control de nivel superior.

Es hora de ver si esta realidad lingüística que llega a través de su espejo problematizado y la sugerencia de una interpretación teórica con la que lo hemos acompañado, encajan realmente, como parece podemos sospechar luego de los indicios que, en este sentido, hemos encontrado.

2.1. Los niveles micro- y macrolingüísticos

Al margen del problema del antropólogo, la propuesta de Hockett para describir la variación lingüística se asienta en lo local, atendiendo, por lo tanto, a micromotivos (siguiendo, en consecuencia, un procedimiento *bottom-up*). El eje alrededor del cual hace girar la determinación del comportamiento lingüístico efectivo, el *idiolecto*, es la totalidad de los hábitos de una misma persona en una época dada (Hockett 1958: 319). Esto no significa, naturalmente, que este autor descarte nociones más habituales como *dialecto* o *lengua*; simplemente resultan desplazadas a un segundo o tercer nivel de interés. La *lengua*, última escala de la articulación de la variación, según Hockett, se organiza desde los idiolectos para integrar el conjunto de aquellos que son más o menos similares (Hockett 1958: 320). El *dialecto*, a su vez, sin guardar diferencia en su definición con la lengua, se localizaría en un estadio anterior a ella, por cuanto recoge en su seno un mayor grado de similitud entre idio-

² Simulados, en el problema planteado por Hockett, la distribución geográfica, el número de dialectos, el parentesco entre ellos, la situación de comprensión intermitente de los diferentes hablantes y el carácter sedentario de la población, lo que sí puede aprovecharse de estados lingüísticos supuestos como este, pues en ellos se trata de hipótesis absolutamente veraces (un reflejo de lo que ocurre realmente), es la presencia de contactos estrechos entre personas que viven en proximidad, así como el hecho de que una buena parte de esas interacciones están orientadas por la búsqueda y la consecución de la intercomprensión entre quienes participan de ellas. Para nuestros propósitos, entonces, acudir a esta recreación imaginada y controlada de una fracción de la realidad lingüística no desvirtúa lo que de esta nos interesa; muy al contrario, lo ilustra perfectamente, por cuanto pretendemos arrancar de entornos lingüísticos muy concentrados, en los que las relaciones personales de intercomunicación son uno (si no el primero) de los factores cohesionadores.

lectos (Hockett 1958: 320). En la base de la trama lingüística que urde la variación hallaríamos, pues, agentes individuales (esto es, locales) operando conjuntamente, interactuando unos con otros. A despecho de lo que se pueda inferir de las denominaciones empleadas por Hockett (*lengua, dialecto, idiolecto*), la relevancia del proceso es repartida, a partes iguales, entre la actuación de cada hablante como portador de un conocimiento lingüístico compartido (en cuanto recibido de y puesto a circular con otros) y el resultado de esa acción (ese algo al que, en escala exponencial, Hockett ha acuñado como *idiolecto, dialecto y lengua*).

Prueba de la interactuación de esos agentes locales es la agrupación de sus respectivos idiolectos en dialectos o lenguas, según corresponda al grado de similitud existente entre ellos. Afirmación incuestionable esta si se repara en la siguiente sucesión de acontecimientos: aquella similitud no puede tener origen en otra parte más que en la comprensión entre los usuarios de los códigos que, desde ese entendimiento, devienen, precisamente, en códigos similares; así como se imponga, a su vez, la necesidad de la intercomprensión, así se hará imprescindible un ajuste continuo (autoorganizado, sin que derive de ningún centro de control) de los hábitos lingüísticos de cada hablante a los de aquellos otros con los que desee comunicación fluida. Por otro lado, aquel impulso hacia la comprensibilidad es raro que nazca sin un contacto (forzado o no) continuado de los hablantes y, consecuentemente, de sus idiolectos³. Esa sintonización entre modos de hablar es un accionar detrás del cual hay, ya que Hockett nos ha llevado al nivel de lo personal, de lo idiolectal, un motivo (la constancia en la prosecución de la intercomprensión⁴) correspondiente a esa escala: un micromotivo, entonces.

Si bien el principio de organización priorizado por Hockett es el de las unidades particulares de intervención lingüística, esta priorización no deja de propiciar la aparición de estratos mayores de aglomeración de las variedades. No se trata, como pudimos hacer creer por algunos comentarios anteriores, de los más usuales dialecto y lengua. Estos últimos son términos y nociones que suelen remitir a una percepción de la construcción lingüística de arriba hacia abajo, desde una entidad global que se va diversificando sin descomponerse del todo. Hockett, en cambio, compone la globalidad recurriendo a las piezas lingüísticas más básicas (de nuevo, pues, recurriendo a una aproximación *bottom-up*, frente a los enfoques *top-down*): el grupo de idiolectos que permiten una comprensión bidireccional de los ha-

³ En entornos lingüísticos constituidos desde la individualidad hacia pequeñas y grandes agrupaciones, habría que considerar, para completar el cuadro de la actividad desarrollada en ellos, la actuación de una fuerza contraria a la búsqueda de la inteligibilidad mutua. Como ya se encargaron de mostrar los estudios de Labov (*cf.*, especialmente, Labov 1972), cabe la posibilidad de que algunos grupos de hablantes persigan explícitamente la ininteligibilidad con quienes no pertenezcan a su círculo lingüístico inmediato; de esta forma, y usando marcas lingüísticas que los diferencian, esos grupos conseguirían una fuerte cohesión interna que se afianzaría, además, en una clara delimitación frente a los extraños. Casos como estos no atenúan, sin embargo, la fortaleza, en el ser humano, del objetivo de alcanzar el entendimiento con el otro; allá donde un grupo humano interactúe con foráneos tratando de hacerse ininteligible para ellos, continúa, con todo, vigente, en el interior del propio grupo, la vía de la intercomprensión, así como su resultado: una entidad lingüística, de orden superior a cada una de las individualidades implicadas, no prevista como objetivo comunicativo primordial por ninguna de ellas.

⁴ Este motivo, la orientación hacia el entendimiento del habla del otro, ha sido interpretado por Moreno Cabrera (2006: 10) como parte sustancial de la naturaleza humana.

blantes configuraría una *microlengua* (Hockett 1958: 321). Hasta aquí, salvo el enfoque a partir de lo individual, no parece que con la opción de la microlengua se ganen mayores beneficios explicativos. Sin embargo, es ese enfoque el que aporta una diferencia no menor con respecto a las caracterizaciones que normalmente se ofrecen con *lengua* y *dialecto*.

Quien elige hablar en esos términos⁵ suele asumir que la lengua es más el punto inicial del reconocimiento de la variación que su resultado. Sería lo constante (deducido, por cierto, artificialmente de lo que se presenta como diverso) que acaba por irse metamorfoseando en subcódigos que han ganado contrastes dentro de una similitud que se cree esencial y relativamente imperturbable. A tal punto se le ha concedido, en ocasiones, relevancia a lo deducible de la realidad lingüística multiforme que se ha llegado a transferir el valor de existencia de lo real a lo promovido interviniendo sobre él. Así, se han habilitado como compartimentos estancos *lengua* (donde supuestamente estaría lo no sujeto a variación) y *dialecto* (reservado para la variación geográfica, cuando no para todo lo variable en el plano sincrónico que, en otras oportunidades, ha sido matizado según los factores socio-cultural o estilístico). Concebidas de este modo las variedades lingüísticas, pareciera que todo se resolviese en un cúmulo de factores determinantes que empujan a la lengua fuera de la uniformidad esencial que, con todo, lograría mantenerse en la similitud que guardan las variedades. Mientras tanto, la iniciativa de los hablantes parece quedar condenada a servir, únicamente, de repercusión (un tanto pasiva) a los embates de aquel empuje⁶.

Con la microlengua, el destino en el que confluye la variación idiolectal, se constituye otro perfil distinto, esta vez más apegado a la realidad interactuante de sus agentes. Es así como la inteligibilidad mutua⁷ rige como pauta para la convergencia de idiolectos: el modo en el que los hablantes logran hacerse entender localmente. En este sentido, y a falta de otras matizaciones (*cf.* Hockett 1958: 324-6), esa inteligibilidad habrá de percibirse en su cualidad absoluta, esto es, como la producida entre quienes practican al tiempo un bilin-

⁵ Aunque su apuesta es por entornos más reducidos, el propio Hockett, como ya queda dicho, se pliega a estos usos en algún momento (Hockett 1958: 320 y 326-7, en la formulación del problema del antropólogo). No hay paradoja en esta utilización; tras constatar algunos de los inconvenientes que surgirían en su aplicación, Hockett concluye que “siempre es posible agregar tantos términos técnicos precisos como sea necesario, sobre la base de distintos criterios de similitud entre idiolectos” (1958: 320).

⁶ Como ejemplo de aproximaciones a la variación lingüística orientadas desde los más altos niveles lingüísticos lo más conveniente parece citar, ante la imposibilidad de enumerarlos todos, uno prácticamente contemporáneo de la obra de Hockett. Weinrich abogaba, así, en 1954, por analizar sistemas lingüísticos (no, por lo tanto, formas de hablar individuales) con similitudes parciales para construir, con ello, sistemas de orden superior o diasistemas, en su terminología (1954: 389-95). Años más tarde, esta última noción, el *diasistema*, sería recuperada, matizando la especificidad de los factores contribuyentes a la diferenciación lingüística, como conjunto que reuniría variedades debidas a la dispersión geográfica, la distribución social o la diversificación estilística (*cf.* Coseriu 1973: 302-8). El autor de esta recuperación había advertido, por cierto, ya por la misma época en que vieron la luz las ideas de Hockett que venimos comentando, contra la tentación de atribuir al objeto de estudio (lo lingüístico) propiedades (como la inmovilidad) que aparecen en él, naturalmente dinámico, tan solo porque así lo proyecta (inmovilizado) quien se dedica a investigarlo (*cf.* Coseriu 1957: 24-5).

⁷ Aprecia Hockett que si dos individuos se entienden sin problemas al hablar de temas de la vida diaria sus idiolectos son mutuamente inteligibles; en caso contrario, los dos idiolectos serían mutuamente ininteligibles (1958: 320).

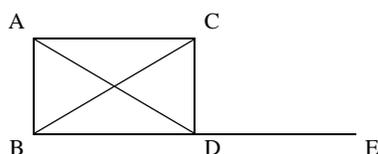
güismo productivo y receptivo. Dentro de este horizonte de observación, si cabe continuar estipulando similitudes habrá de ser como subproductos agregados a los actos productivos y receptivos encaminados a la comprensión mutua. Se conformarían, de esta manera, núcleos comunes a los idiolectos, tal y como los ha denominado Hockett (1958: 329-30), dentro de una concepción general en la que se contempla que las personas que están en contacto diario tienden a compartir usos lingüísticos (Hockett 1958: 452).

Igualmente basándose en agentes que se atan por intercomprensión, la asociación idiolectal puede extenderse hasta integrarse en una nueva estructura, la *macrolengua* (Hockett 1958: 321). Tal estructura no es de nivel superior ni incompatible con la microlengua; lo micro y lo macro no indicarán aquí una sucesión jerárquica, comparable a la que se traza del dialecto a la lengua, sino dos ordenaciones de idiolectos que pueden actuar en simultaneidad. Dados, por ejemplo, cuatro idiolectos A, B, C y D, si todos fuesen inteligibles entre sí formarían una microlengua, sin embargo, si el idiolecto D (y solo él) fuera intercomprensible con otro idiolecto E, los cinco originarían una macrolengua: A y E no serían mutuamente intercomprensibles, pero estarían unidos por una cadena cuyos eslabones sí lo serían⁸. En este caso hipotético, tendríamos dos microlenguas (A-B-C-D y D-E); simultáneamente, habría también aquí una macrolengua (A-B-C-(D)-E).

A la hora de dar cuerpo lingüístico a esta hipótesis, podría pensarse que no habría justificación para eliminar la cobertura que han venido proporcionando *lengua* y *dialecto* en su uso más firmemente establecido (y otros conceptos en su órbita). Efectivamente, en principio, los conjuntos A-B-C-D, por una parte, y D-E, por otra, bien podrían ser vistos como dialectos de una única lengua; de este modo, aunque hubiese problemas para asignar al hablante de D, nexo de enlace entre ambos, a uno u otro de esos dialectos, la cosa no tendría mayor importancia, puesto que, fuese como fuese, tendría vínculos con la misma lengua que los hablantes de A, B, C y E. Esos problemas persistirían si, como cabría, asimismo, plantear, D (sin abandonar el papel de punto de transición) estuviese a medio camino de dos lenguas, aunque, ahora, la resolución descriptiva de esta equidistancia nunca acabaría por ser del todo satisfactoria, por cuanto el hablante de aquel idiolecto (D) no encontraría entidad de orden superior, común a las dos lenguas, a la que acogerse.

Acabamos de ver ilustrada no solo una inconmensurabilidad conceptual, sino también dos modos divergentes de encarar las fronteras entre variedades lingüísticas (el ejemplo que acabamos de diseñar es un caso fronterizo típico). El modo más asentado, el que gira alrededor de los polos lengua-dialecto, suele trabajar a vista de pájaro, con las masas de

⁸ Siguiendo el modelo de Hockett (1958: 321), esta situación podría representarse gráficamente del siguiente modo:



Las líneas que unen las letras marcan las relaciones de inteligibilidad mutua de cada uno de los idiolectos.

gran extensión, con las grandes “manchas” lingüísticas, como objetivo. El contacto que se juzga primordial en este marco es, por lo tanto, el que se visualiza como encuentro de códigos o subcódigos. En consecuencia, ahí, la precisión que se requiere es la que guarda proporcionalidad con las distribuciones generales, esa a la que acostumbran a jugarle malas pasadas los pormenores de los que está hecha la generalidad. El otro modo, el que juega con micro- y macrolenguas, se encuentra muy cómodo abordando particularidades y límites, ya que se ha propuesto ir a la raíz del funcionamiento lingüístico, al individuo que redirige su comportamiento en función de sus semejantes; los resultados de esa actividad compartida (sean o no asimilables a lo que comúnmente se llama dialecto o lengua⁹) vendrían a explicarse después.

Es tan consustancial al modelo de Hockett el reconocimiento de la adaptabilidad (ajuste) entre hablantes que dicho modelo no podría incorporar más que una percepción flexible del hecho marca de la interacción lingüística, la inteligibilidad mutua. Condicionada por la interactuación personal, la inteligibilidad vendría a ser, según Hockett (1958: 325), una cuestión de grado (podría medirse en cifras porcentuales) que, para producirse, no tiene por qué mantenerse en su tope máximo (a tal punto que ni siquiera sería mutua en todos los casos). En otras palabras, suele darse también aun en ausencia de un núcleo compartido por (los idiolectos de) los hablantes. Aunque lo habitual sea pensar en la intercomprensión como aquella situación en la que los idiolectos concernidos presentan un buen número de rasgos comunes, hay otros casos en los que se produce inteligibilidad a pesar de que exista un grado de diferenciación importante en los modos de hablar de varias personas. Es así que no solo aquellos idiolectos que compensan lo divergente con una proporción mayor de convergencias permiten la intercomprensión; es muy probable que se llegue a ella, asimismo, cuando se encuentran dos hablantes monolingües (en sus respectivos idiolectos) que, con todo, tienen, ambos, bilingüismo receptivo en relación al idiolecto que no hablan. El *sesquilingüismo*, palabra con la que describe Hockett (1958: 324) la condición de aquellos hablantes monolingües que comprenden, sin hablarlos, idiolectos distintos de los suyos, se inscribe en lo que sostiene este lingüista a propósito de la capacidad que los hablantes poseen para sintonizarse¹⁰ o variar, a lo largo del tiempo, los límites de su control productivo y receptivo¹¹. No serían estos, entonces, depósitos estancos que se conserven invariables; su conformación (y con ella el aprendizaje lingüístico) no debería, continúa Hockett (1958: 331), ser dada por finalizada una vez que acaba el proceso de equipamiento lingüístico que,

⁹ A modo de prueba de la imposibilidad de una asimilación constante de ambos universos nocionales, pueden contemplarse las situaciones bisagra que aduce Hockett, las cuales, siendo imprecisas desde el punto de vista de la delimitación clara de los bordes externos de dos lenguas, se dejan explicitar mejor como un encadenamiento de idiolectos amparados en una macrolengua. Así, todos los idiolectos de lo que conocemos como francés e italiano pertenecerían a una sola macrolengua, puesto que sería posible encontrar cadenas de idiolectos que cruzan la frontera francoitaliana, si bien sea cierto que, en los extremos, un hablante normando no se entienda con uno romano (Hockett 1958: 322).

¹⁰ Relata Hockett (1958: 324), en este sentido, cómo en África Occidental habría dialectos denominados de “dos días” o “una semana”, de acuerdo con el tiempo que ha de transcurrir antes de establecer con ellos una base que permita la intercomunicación sobre asuntos prácticos.

¹¹ Hockett (1958: 330-1) cree posible, por ejemplo, imaginar a una persona francesa que, sin hablarlo, entienda alemán o, al revés, a una persona alemana que, con control receptivo del francés, carezca de control productivo en esa lengua.

por lo general, se considera completo cuando se alcanza el dominio fonético, fonológico, sintáctico y semántico de un código¹².

Contra la costumbre de vernos a nosotros mismos inscritos en vastas organizaciones de todo orden (estados, ciudades, lenguas), se han consolidado, como hemos visto hasta ahora, enfoques complementarios que inciden en el anverso de esos fenómenos humanos. Junto a las grandes “corporaciones” interesan, además, los elementos que las integran y el juego de los movimientos que las conducen, por elevación, hacia el destino corporativo. En el campo lingüístico ese interés se ha concretado en la opción por privilegiar a actores locales que, envueltos en interacciones, constituyen redes que, armadas desde lo individual, encarnan distintas formas de presentarse en lo colectivo¹³. Persiguiendo y beneficiándose de la intercomprensión, procesando información del entorno lingüístico para conservar la intermediación, hablantes e idiolectos se encadenan de tal manera que se puede recorrer la variación lingüística como un entramado sistemático de actuaciones personales que producen entidades cuya aparición no era una prioridad para quienes son arrastrados únicamente por impulsos circunscritos y particulares. Traducidos así los argumentos de Hockett, parecen cuadrar, a priori, con lo que sería un sistema complejo; veámoslo con más detalle.

3. LA VARIACIÓN LINGÜÍSTICA COMO SISTEMA COMPLEJO

Líneas más arriba, escribíamos que del idiolecto a las micro/macrolenguas se completa una ruta posible de la variación lingüística, pero dicha ruta es, además, un tránsito desde los agentes particulares a los conglomerados que surgen de su conexión. En tanto que tal tránsito, hay, por lo tanto, un salto o ascenso de nivel: de lo individual a lo interindividual, en una expansión que, en principio, puede progresar ininterrumpidamente. Aquí encontramos un primer trazo de familiaridad con los sistemas complejos adaptativos. Holland (1995: 25), por ejemplo, los caracteriza¹⁴:

¹² Aclara Moreno Cabrera (2006: 59, n. 58) que, aunque el término *sesquilinguismo* fue propuesto por los traductores al español de Hockett, es preferible al *semi-bilingualism* que utiliza la obra original, por cuanto este último término induce la impresión de que esta habilidad es algo defectuoso, no llegando a constituir una capacidad completa. También considera Moreno Cabrera (2006: 63) que el *sesquilingüismo* se torna verdaderamente eficaz cuando se presenta como *sesquilingüismo cooperativo*; esta noción, con la que Moreno Cabrera amplía la formulada por Hockett, se definiría como aquella “situación en la que una persona entiende la lengua de otra sin necesidad de hablarla o gesticularla, y que además adecua la forma de hablar o gesticular su lengua para que sea más fácilmente interpretable por parte de la otra, que también entiende la lengua de la primera y hace el esfuerzo correspondiente con su propia lengua cuando habla o gesticula con ella” (Moreno Cabrera 2006: 81).

¹³ En diferentes ámbitos lingüísticos, especialmente en la evolución del lenguaje, se usan simulaciones computacionales que parten de la interacción entre agentes locales y se observa cómo a partir de esa interacción van surgiendo pautas comunes. En tales enfoques, la posesión de una lengua común incrementa la eficacia biológica de los usuarios (*cf.* Cangelosi & Parisi 2002, Turner 2002 y Steels 1997).

¹⁴ En un trabajo posterior, ahora ya dedicado específicamente a la adquisición lingüística, Holland se pronuncia en términos prácticamente idénticos sobre la misma cuestión (2005: 415).

Como sistemas compuestos por agentes interactuantes [...]. Estos agentes se adaptan cambiando [...] cuando acumulan experiencias¹⁵. En los SCA la mayor parte del medio ambiente de cualquier agente adaptable está constituido por otros agentes adaptables, de manera que una porción de los esfuerzos de adaptación de cualquier agente es utilizada para adaptarse a otros agentes adaptables¹⁶.

La pieza que se echa en falta para que la similitud entre ambos hechos (el lingüístico y el complejo adaptativo) acabe de redondearse, puesto que está claro que en la dinámica idiolectal contamos también con agentes interactuando, puede desprenderse de alguna de las aplicaciones que del mundo de la complejidad se han hecho para el lenguaje. La siguiente es una de ellas:

Language as a CAS [Complex Adaptive System] involves the following key features: The system consists of multiple agents [...] interacting with one another. The system is adaptive; that is, speakers' behavior is based on their past interactions, and current and past interactions together feed forward into future behavior. A speaker's behavior is the consequence of competing factors ranging from perceptual constraints to social motivations. The structures of language emerge from interrelated patterns of experience, social interaction, and cognitive mechanisms (Beckner *et al.* 2009: 1-2).

La clave, aquí, es la señalada en la cita reproducida por la mención a la interacción de múltiples agentes que deriva en la emergencia de las estructuras del lenguaje. Esta emergencia lingüística no es ni más ni menos que la traducción a un dominio particular de la cualidad que se presenta en todos los SCA. Detrás de la noción de lo emergente están bien “la aparición de comportamientos complejos a partir de interacciones de agentes menos complejos” (Holland 1995: 27), bien interacciones complejas en sistemas con un número suficiente de elementos que creen pautas a gran escala, sin que exista un elemento central que sea responsable de tales pautas (*cf.* Kauffman 1995: 24) o, también, “un sistema compuesto de muchos elementos individuales [que] manifiesta un comportamiento colectivo que parece no estar incorporado en los individuos de una forma obvia o explícita” (Stewart 1998: 173).

El juego interidiolectal nos ofrece las mismas constantes: sabemos, en primera instancia, que en la base de todo el fenómeno se encuentran conductas que tienden a la conjunción interlingüística, hacia un estadio superior (son conductas *bottom-up*) a la mera ejercitación de la individualidad (o, en otras palabras, un ejercicio de la individualidad que, por tender hacia la comprensión mutua, asciende al nivel de lo interindividual). En la transformación de grupos de idiolectos en micro/macrolenguas no se observa, además, un agente concreto que cumpla el papel de líder, una especie de autoridad rectora que encauce una se-

¹⁵ Recuerda, a este propósito, Holland (1995: 24-25) que la adaptación significa, en biología, que un organismo se amolda a su medio ambiente, aunque esa misma noción pueda ser extendida para incluir el aprendizaje y procesos relacionados. Algo muy similar ya había sido avanzado por Gell-Mann (1994: 35-40), quien, con ocasión de definir los SCA, recalca que estos sistemas adquieren información del entorno y de sus propias interacciones con él.

¹⁶ Estos “esfuerzos de adaptación en relación a otros agentes adaptables” recuerdan a la variante del sesquilingüismo propuesta por Moreno Cabrera (*cf.* *supra* n. 12); en ella, los hablantes entienden y adecuan, cooperativamente, su forma de hablar para alcanzar la comprensión con su entorno lingüístico de proximidad.

rie de acciones minúsculas con el propósito deliberado de construir algo que las supere sin dejar de abarcarlas. Indetectables las instrucciones de nivel superior o elementos que hagan “marcar el paso” general (como los que se sospecharon, hipotéticamente, alguna vez para organismos luego conceptuados como modelos de lo complejo; *cf.* Johnson 2001: 15 y ss), lo decisivo sería el comportamiento descentralizado que observan todos los participantes. Esta ausencia de jefatura no implica, sin embargo, que se produzca desorganización; al contrario, como ya hemos apreciado, personas próximas, aun con idiolectos no muy asimilables, se (auto)organizan, unas al contacto con otras, hasta alcanzar el mejor modo de comprenderse mutuamente (o, cuando menos, arreglarse para funcionar comunicativamente de una manera que resulte adecuada). Sin consignas que llamen a cumplir imperativos ajenos a los designios de cada agente incumbido, pero, presente, no obstante, cierto grado de arreglo ordenado, este habrá de provenir de las disposiciones propias de cada cual, no prevaleciendo ninguna sobre las de los demás.

Lo que conforman los idiolectos, eso que arman entre todos sus hablantes al relacionarse, partiendo de un modo de organización horizontal y sin jerarquías¹⁷, tiene un parecido grande, cuando no total, con el acuñado como autoorganización para los sistemas complejos. Idéntico tipo de forma de actuar muestran, precisamente, otros seres vivos que, como los humanos, se caracterizan por una alta conectividad social, por su eusocialidad¹⁸. Las hormigas¹⁹, envueltas en sistemas autoorganizados (también complejos y adaptativos), producto de conductas descentralizadas (*cf.* Johnson 2001: 30-31), deberían, según Hölldober & Wilson (1994: 135), todo su potencial como organismos globales a las acciones de muchos ejemplares individuales trabajando concertadamente; como lo ha explicitado también Gordon (1999: VII), en las colonias de hormigas “there is no central control. No insect issues commands to another or instructs it to do things in a certain way”²⁰.

¹⁷ Una organización horizontal no jerarquizada que subsiste mientras no se introduzca en el juego de interacciones comunicativas un elemento no nacido de la dinámica propia de la construcción lingüística desde bases individuales. Un ejemplo de este tipo de situaciones es la puesta en circulación entre los hablantes de la variedad estándar de una lengua; una variedad que llega a convivir con otras y alcanzar el máximo de reconocimiento gracias al prestigio de sus usuarios originarios y, frecuentemente, a una fuerte institucionalización promovida desde administraciones políticas, sistemas educativos, etc. (*cf. infra* § 4). No es descartable, asimismo, que otras variedades distintas del estándar, aun cuando no se vean respaldadas institucionalmente (ya en comunidades donde se les niega ese apoyo, ya en otras que carezcan de organismos que puedan prestar esa cobertura), alcancen a ser también muy prestigiosas por motivos relacionados con el estatus social de quienes los usan. Cargadas igualmente con ese valor añadido, esas otras variedades lingüísticas romperían, de igual modo, el equilibrio interaccional y comunicativo determinado, en principio, únicamente por el objetivo de la intercomprensión.

¹⁸ Este término, muy usado en el estudio de los insectos sociales, es, según Wilson (1975: 601), “el equivalente formal de las expresiones «auténticamente social» o «social superior»”. Para una visión más amplia de este concepto *vid.* Wilson (1971).

¹⁹ Sobre el comportamiento emergente en las hormigas pueden verse Solé, Miramontes & Goodwin (1993a) y (1993b).

²⁰ Las explicaciones genéticas de la eusocialidad, como la clásica de Hamilton (1964), han cedido ante las que apelan a los sistemas complejos (*cf. supra* Holland 1995: 25). Hamilton, centrándose en la haplodiploidia (sistema de reproducción de las hormigas por el cual las hormigas hembra nacen de huevos fecundados, mientras que las machos nacen de huevos no fecundados), concluía que es más rentable cuidar y

También conciertan acciones los agentes lingüísticos que, con sus idiolectos respectivos, mantienen un cierto número de peculiaridades inconmensurables, pero que no por ello dejan de abrir su control receptivo no solo a aquellos idiolectos cuya semblanza no sea muy divergente (con los que compartan un núcleo común), sino también a aquellos otros con los que situarse en un índice de comprensión aceptable exija un esfuerzo mayor (moviéndose entre parámetros que pueden ir desde un sesquilingüismo consolidado hasta intercambios que tendrán éxito tras jornadas de habituación y acomodación). En cualquiera de los dos casos, cueste más o menos consolidar una línea de comunicación estable, llevar a efecto esta labor impone a quien lo intente atención a las señales lingüísticas que envíen los hablantes con los que pretenda entablar relación. Esto, por supuesto, es ineludible cuando los hablantes se presentan con idiolectos no reductibles a un núcleo común; la producción y la recepción lingüísticas se han de volcar, en esas ocasiones, en la búsqueda, consciente y activa, de un punto de encuentro comunicativo con el que no ha llegado ninguno de los hablantes. Más fácil, aunque no sin algunos requerimientos, se vuelve el asunto para quienes están provistos de idiolectos que predisponen más a conseguir la intercomprensión. Esta mayor facilidad, aunque se concrete en un contacto satisfactorio, no es algo dado de una vez por todas; es, antes bien, fruto de la reiteración de intercambios similares, donde los hablantes luchan, dinamizando sus recursos lingüísticos, para no perder la sintonía comunicativa que, de este modo, se rehace constantemente. El panorama que dibuja toda esta actividad es, por lo tanto, el de un medio lingüístico muy dinámico en el que todos sus integrantes se ven obligados, a fin de sustentar su propio papel como agentes interactivos, a procesar, sin descanso, información del entorno que forman los hablantes con los que entran en contacto.

El ámbito de lo particular es, pues, el que predomina en esta serie de conductas, pero en ellas el deseo de trascenderse también pervive, puesto que la raíz de todas las exigencias que comportan se deriva de la necesidad de enfocarlas hacia (y desde) los otros; si existe algún propósito en el juego de conjugarse los idiolectos, no es otro que este. No obstante, con lo que no podían contar los agentes lingüísticos individuales es que sus actuaciones entramadas en interacciones personales fuesen a originar redes amplias en cuyo diseño global no habrían participado más que como piezas que persiguen aglomerarse a otras semejantes (orden espontáneo, por lo tanto). Serían conscientes, entonces, de la búsqueda de la coincidencia comunicativa (la búsqueda local, entre gente cercana, produce un orden global), para obtener sus beneficios sociales; nunca, por el contrario, estarían pensando en elaborar algo superior, lo que los analistas llamarán *lengua*. A pesar de ello, tampoco está en la mano de estos agentes, mientras continúen en su quehacer interactivo, detener el proceso por el que sus conductas locales son elevadas a una totalidad que no tenían en mente. Con la vista puesta tan solo en las interacciones locales, los agentes lingüísticos acaban por dar vida a lo que, en palabras de Hockett (1958: 331-2), se conoce como la *pauta general* de un conjunto de idiolectos que están en contacto y tienen un núcleo común, es decir, todo lo que se contiene, productiva o receptivamente, en el repertorio de cualquiera de esos idiolectos (algo

criar a hermanas (dado que compartirán el 75% de sus genes) que a hijas (con las que solo compartirán el 50% de sus genes). Sin embargo, esto no da cuenta de las propiedades de orden superior presentes en la colonia.

que va más allá de lo que abarca un idiolecto, pues estos suelen incluir más de lo que comprende el núcleo común). No serían precisas muchas modificaciones, por cierto, para asimilar esa pauta general lingüística al patrón de nivel superior o macroconducta observable, surgidos, ambos, de comportamientos que son, a la vez, complejos (en sistemas, como los lingüísticos, de agentes múltiples que interactúan dinámicamente y siguen únicamente reglas locales) y emergentes (*cf.* Lewin 1992: 25-6 y Johnson 2001: 19-20 y 123).

La variación lingüística, contemplada al nivel de sus protagonistas básicos y su idiosincrasia propia, da muestras, así, de organización sea cual sea el flanco que de ella se aborde: sin pauta directiva externa que orqueste finalidades, más allá de las que guían el comportamiento local de los agentes individuales (contactar, comunicarse), se consume una transición emergente que deviene en organización global de los idiolectos. De manera similar, en las colonias de hormigas se aprecia una actividad colectiva compleja, aun cuando no haya nadie al frente que marque directriz alguna y aquella actividad no sea posible descubrirla en el decepcionante comportamiento individual de cada una de las hormigas (*cf.* Hölldobler & Wilson 1994: 151). La viabilidad del resultado, a pesar de la existencia de lo que pudieran parecer dificultades insalvables, se cifra tan solo, como apunta Goodwin (1994: 92 y ss), en que con la agregación de un número no muy alto de individuos se consigue una masa crítica apropiada que produce un salto hacia la organización (desde un comportamiento caótico, entendido como ausencia de organización²¹). A este respecto, tampoco los hablantes son conscientes (ni lo intentan siquiera) de estar, al enfrentar y confrontar sus idiolectos con otros, en el trance de constitución de una lengua (ya sea micro o macro), simplemente están poniendo en juego su capacidad para acordar cauces de comunicación mutua (conciencia solo local, pues). Acuden, para ello, a sus relaciones lingüísticas recíprocas, retroalimentándose unos agentes con los otros, como lo harían los sistemas emergentes de los que habla Johnson (2001: 108-9); propiedad esta, la retroalimentación, que favorecería en aquellos sistemas el paso a una estructura más ordenada²² (la pauta general de los conjuntos de idiolectos lo sería igualmente; hasta podría serlo, también, en aquellas situaciones en que se desbordase esa pauta hacia la constitución de una macrolengua).

Reciprocidad y conducta agregatoria son impulsos recurrentes en la condición humana, a tal extremo que su expresión más conspicua, la sociabilidad, ha sido incorporada a la caracterización de toda la especie. Así, está en la naturaleza del ser humano, pues el estadio evolutivo al que ha llegado ha dependido de ello, el verse impelido a confraternizar con sus semejantes para poder sobrevivir. Pertenecer a una entidad más grande, de la que se

²¹ Puede verse, asimismo, Johnson (2001: 104), donde se refiere que muchos sistemas descentralizados generan espontáneamente una estructura cuando incrementan su tamaño; un pequeño aumento cuantitativo puede provocar un salto cualitativo (el paso del caos al orden, la emergencia que sitúa al sistema en un nivel cualitativamente diferente al dotarlo de organización).

²² Al respecto de la retroalimentación como interacción entre agentes, existe un modelo de simulación computacional (*Iterated Learning*) en el que la conducta (lingüística) es transmitida culturalmente por agentes individuales que aprenden de la conducta de otros agentes, la cual, a su vez, fue resultado del mismo proceso de aprendizaje. Este modelo predice el surgimiento de universales del lenguaje, entendidos como adaptaciones que emergen del proceso de transmisión lingüística (*cf.* Kirby, Smith & Brighton 2004). Creemos que esos universales podrían traducirse como pautas globales resultado de la interacción de agentes no dirigidos y autoorganizados.

crea formando parte, transforma la vida de los humanos tanto como lo hace con otros individuos sociales (*cf.* Lewin 1992: 205). Indudablemente, la especie humana, por razones biológicas, se ha sentido arrastrada hacia ese modo de vida en el que combatir y compartir, en comunidad cooperativa, los riesgos y hazañas individuales producía mayores beneficios (y más extendidos socialmente). En términos de la ciencia de la complejidad esa atracción ya ha sido definida, imputando tal fijación al elemento que la provoca, bajo la noción de atractor: un estado estable y equilibrado al que se encaminan los sistemas complejos (*cf.* Lewin 1992: 34-5, Gribbin 2004: 53-4). En los humanos, entonces, como ha reconocido Wilson (*cf.* Lewin 1992: 108), la sociabilidad haría el papel de atractor, como lo es, ciertamente, para algunos insectos que de conductas individuales hacen emerger organismos sociales altamente complejos: son los isópteros (termitas) e himenópteros (hormigas y avispas no solitarias). A tal punto es así que, como señala Wilson (1975: 397), la eusocialidad se ha originado en los himenópteros “en al menos once ocasiones distintas”, además de una vez en los antepasados de los termes.

En cualquiera de los escenarios en que ese atractor, la sociabilidad, tenga aplicación, su funcionamiento, sin embargo, no radica en la mera acumulación por reunión de agentes individuales, sino la que se consigue a través de mecanismos comunicativos fluyendo entre ellos. Es impensable la aparición de comunidades humanas o de insectos si, previamente, no se produce intercomunicación (comprensión mutua) entre los que son, a un tiempo, agentes particulares y miembros de un organismo que los supera (si bien lo contrario no se sigue: puede haber comunicación en muchas especies sin que exista sociabilidad y, por tanto, cooperación). En suma, relacionarse, interactuar, son motivos irresistibles e intraespecíficos (consustanciales a la especie humana); hacerlo por medios lingüísticos, procesando información del entorno y ajustando las acciones individuales de acuerdo con ella, también lo es: sociabilidad e intercomprensión serían el anverso y el reverso de un mismo detonante (atractor) para la agregación. De ahí que, cuando de lo humano se está tratando, se observe que de la agrupación intercomunicante de individuos surgen no solo grupos poblacionales más o menos masivos, sino también códigos lingüísticos que los sostienen. Lo mismo se aplica a otros animales eusociales; la vida en sociedad no se entiende en ausencia de comunicación o, como ha puntualizado Burghardt (1977: 72), toda conducta social presupone comunicación. No es casualidad que entre esos insectos eusociales (hormigas y, sobre todo, abejas) se den algunos de los sistemas más interesantes de la comunicación animal.

En la creación y crecimiento de sociedades lingüísticas como las humanas, sigue primando, de cualquier manera, la retroalimentación mutua entre agentes individuales: aprender, imitar o entrar en sintonía con los otros es la regla (*cf.* Johnson 2001: 119 y 150). Por ello, la estabilidad a la que conduce el atractor de la sociabilidad intercomprensiva no puede representar más que una fase que habrá de convivir, necesariamente, con etapas de cambio. Socialmente, así puede atestiguar, según Langton y Johnson. En opinión del primero (*cf.* Lewin 1992: 35), allí donde hay poblaciones que interactúan, dependiendo su adecuación de esta interacción, nos encontraremos periodos de estasis, contrapunteados por periodos de cambio. Johnson (2001: 38-9), por su parte, al tratar el asunto de la disposición de las ciudades (una de las expresiones de la sociabilidad humana) observa en ellas la presencia de formas emergentes, con su combinación de estabilidad y cambio, con una capaci-

dad ilimitada de aprendizaje, para cuya existencia son necesarios, únicamente, miles de individuos y unas pocas reglas simples de interacción. En el lenguaje, en cada uno de los códigos lingüísticos, donde el patrón global emerge en cada caso de la interacción de muchos agentes individuales prestos a aprender para y desde el entorno, hallamos, asimismo, como ha puesto de manifiesto Cooper (1999: 1), una tendencia fuerte hacia la estabilidad conjugada con una gran capacidad para el cambio ordenado y rápido. Una estabilidad que, como en los sistemas complejos (*cf.* Johnson 2001: 74), hace que la conducta global sobreviva, reacomodándose, a cada una de las partes: el código lingüístico a cada uno de los idiolectos. Aunque también es posible que el equilibrio se derrumbe por completo, a causa de que los cambios sean de la suficiente entidad como para provocar la ruptura de la cadena de idiolectos mutuamente comprensibles y estos acaben por reordenarse, junto con otros que no tienen por qué ser solo los antiguos, alrededor de un núcleo de intercomprensión distinto, de un atractor diferente, dando origen a una nueva red lingüística, a un nuevo código.

La serie, anteriormente discutida, de características comparables, tanto en lo superficial como en lo sustancial, convierte en absolutamente plausible la identificación entre la organización sistemática de la variación lingüística, según la entiende Hockett, y los sistemas complejos: agentes particulares, equipados con un bagaje de conocimiento (su idiolecto propio), interactúan y se conectan atraídos por la sociabilidad y la intercomprensión que la favorece, sin que en ningún momento exista algo o alguien que inste a aquellos agentes a tomar esa determinación; autoorganizándose en reciprocidad, siempre atentos a las señales informativas que les llegan del entorno para afinar y sintonizar las vías de comunicación mutua, consiguen hacer emerger una conducta global (una pauta general) que es algo más que la mera suma de las partes (algo que escapa a cada uno de los idiolectos) (*cf.* Johnson 2001: 162; también Gribbin 2004: 213). En este sistema lingüístico descentralizado se aprecian todas las propiedades de las que se han servido autores diversos para instituir la existencia de sistemas complejos adaptativos (*cf.*, por ejemplo, Gell-Mann 1994: 40; Johnson 2001: 19-20, 119 y 150, Gribbin 2004: 211). A propósito de descentralización, quedarían unas últimas palabras para dilucidar cuál es el rol jugado en este sistema lingüístico por la variedad más vinculada a la institucionalización de la centralización o convergencia lingüística; nos referimos, claro está, al estándar.

4. LA VARIEDAD ESTÁNDAR COMO ATRACTOR SUPLEMENTARIO

La variedad estándar nos devuelve al escenario de las grandes masas de la variación lingüística. Supone, en fin, abandonar el nivel de la agencia local para colocarnos en el correspondiente a la distribución compartimentada (geográfica o socialmente) de una lengua. Aceptando este marco de explicación (y sin entrar a debatir, de nuevo, los conflictos inherentes a esta visión), el estándar es presentado, a menudo, como una más de las diversificaciones posibles de un código lingüístico: una lengua vendría, así, a implantarse y expandirse metamorfoseándose a medida que va irradiándose por la comunidad que conforman sus hablantes. Es patente, aquí, el incremento de artificialidad consustancial a las descripciones generalistas (*top-down*) de las bifurcaciones desde las lenguas hasta sus variedades.

Con un simple cambio de perspectiva se puede dar vuelta a la percepción de las variedades lingüísticas como repartidas entre los hablantes para pasar a entenderlas como emanadas (emergidas) a partir (y para) lo local. Es insuficiente, en cambio, esa operación para circunscribir el papel de los hablantes con respecto al estándar (o del estándar en relación a los agentes lingüísticos particulares). Resulta complicado, en este sentido, correlacionar la participación constructiva de los hablantes y la variedad estándar en uso. Aun suponiendo un estado de cosas en el que las variedades lingüísticas (dialectos en sentido amplio) se mueven entre (y por) el espacio de los hablantes, en muchas ocasiones la localización específica del estándar en ese espacio es tarea ardua. La razón principal de esta dificultad radica en que, en general, el estándar de una lengua se corresponde con una variedad lingüística artificialmente intervenida o elaborada (*cfr.* Moreno Cabrera 2008: 91).

Efectivamente, no se trata, de ningún modo, de un subcódigo al que se haya llegado luego de una actividad concertada producida por los hablantes. Suelen ser, muy al contrario, grupos particularmente poderosos, política y económicamente, los que intentan (y consiguen, muy frecuentemente) que, con el aval de su prestigio social, las elecciones lingüísticas de su preferencia terminen por imponerse como la base sobre la que se interviene para darle la forma final al estándar (*cfr.* Penny 2000: 295). Todo muy lejos, por lo tanto, de la búsqueda (desinteresada por lo que habrá de surgir en lo global) de una intercomunicación autoorganizada y descentralizada. Con fórmulas lingüísticas impuestas y, además, con grupos humanos autoseleccionados por sus marcas de distinción social dirigiendo, en provecho propio, los comportamientos, arrastrando a los demás por (y hacia) su(s) dominio(s), lo que sucede es un procedimiento centralizado, con elementos directivos incluidos (*cfr.* Coulmas 1989: 186). De hecho, siguiendo a Bourdieu (1982: 20 y 22), mientras lo que primaba en las relaciones entre pueblos o regiones era la persecución de la intercomunicación, nunca pareció sentirse la necesidad de imponer una lengua o subcódigo sobre otros; es la aparición de jefaturas de cualquier tipo (las creaciones o unificaciones estatales, por ejemplo) la que propicia situaciones de convergencia obligada en el estándar, una de las muestras de la homogeneización centralizada y dirigida que se practica en esos contextos tan altamente jerarquizados.

Dadas estas condiciones asociadas al estándar, lo esperable es que, salvo en algunas circunstancias especiales, esa variedad concreta no sea transmitida de forma natural de un hablante a otro. Normalmente, instituciones cercanas o controladas por aquellos grupos de poder, singularmente el sistema educativo, son las encargadas de la labor de difusión impositiva del estándar entre la población²³. Debido al acompañamiento legal, formal e informal, con el que se lleva a cabo todo este procedimiento (obligatoriedad de la enseñanza, promoción social y laboral vinculada al buen manejo de esa forma particular de una lengua), poca resistencia pueden oponer los hablantes a la penetración que supone toda esa campaña lingüística institucionalizada. Es así que, como sostiene Weiß (2007), las lenguas estándar son (o han sido durante mucho tiempo) aprendidas como segundas lenguas, careciendo, en con-

²³ *Cfr.* Longa (2008) y De la Blanca de la Paz, Longa & López Rivera (2010), para una discusión más extensa sobre la prelación del estándar en los medios escolares, donde es usado para la clasificación del alumnado, la desvalorización del habla propia y, en fin, para promover una merma de oportunidades para quien no alcance el dominio de aquella versión lingüística.

secuencia, de hablantes nativos que las fuesen incorporando a la corriente general del devenir lingüístico histórico de los pueblos. Sin embargo, acontecimientos como la generalización de la educación (episodio que para el continente europeo puede datarse a partir de mediados del siglo XIX) han contribuido a la infiltración del estándar entre los usos lingüísticos más espontáneamente mantenidos por hablantes de toda extracción. Fue en ese momento, siempre de acuerdo con Weiß, cuando el estándar entró en la rueda de transferencia, aprendizaje y legación lingüística, sufriendo una transformación en lo más hondo de su ser. Nacido como lengua escrita y preparado para tan solo unos cuantos propósitos (administrativos, literarios), el vuelco educativo, fundamentalmente, acabó por naturalizarlo (renaturalizarlo, más bien) como lengua hablada, en tanto que aprendida por influencia institucional, desde la que, prestigiada como ha estado siempre dada su procedencia original (grupos sociales con el poder suficiente como para mostrarse como modelos de lengua), comenzaron a derivarse toda una serie de variantes lingüísticas, entre las que cabe contar a las más coloquiales o informales. No obstante, esta renaturalización del estándar habría afectado únicamente a su condición primigenia de código escrito (la habría traspasado para entrar en el uso oral), manteniéndose, en cambio, fiel en ciertas áreas a su vieja filiación como lengua natural de segundo orden (no sujeta a adquisición como lengua primera; los dialectos, lenguas naturales de primer orden, lo han estado desde siempre); es así que las construcciones modeladas por el prescriptivismo (abundantes en el estándar) no formarían una clase natural con las que resultan del cambio lingüístico provocado por factores gramaticales internos.

Este proceso renaturalizador es connatural a una demarcación histórica perfectamente delimitable y que, aún hoy, podemos conceptuar como vigente; ello no obsta, con todo, para que hayamos de verlo como un desarrollo de la contemporaneidad con efectos de anulación completa de lo que venía ocurriendo entre los agentes lingüísticos antes de la proyección infiltradora del estándar. Tendríamos, así, una situación en la que se da una convivencia entreverada de dos sistemas lingüísticos actuando al unísono. Por una parte, estaría el primigenio y natural, en el cual los hablantes individuales, al dictado de reglas de agencia local, se autoorganizan, atraídos por la sociabilidad intercomprensiva, para alcanzar los medios pertinentes de intercomunicación con las personas con las que interactúan, emergiendo, de esta forma, redes lingüísticas (patrones) globales no programadas intencionadamente desde la base. De otro lado, trabajaría, desde la altura de un diseño previsto al margen de las bases lingüísticas (de los agentes locales), el estándar, ofreciéndose artificialmente (con la capacidad para obligar y el gran nivel de difusión con que se proveen las instituciones políticas, educativas y mediáticas) como lengua común, como subcódigo que facilitaría la intercomunicación al interior de estructuras geopolíticas (estados, comunidades autoidentificadas) a las que no acostumbran a sujetarse los hablantes, quienes no necesariamente hacen cesar sus relaciones interlingüísticas ante fronteras administrativas o de cualquier otra clase²⁴.

²⁴ Toda esta argumentación no debe ser entendida como un desmerecimiento hacia la existencia y utilidad de las variedades estándar. Se trata, más bien, de una descripción de cómo han sido introducidas entre los hablantes. Indudablemente, una vez renaturalizadas como lenguas habladas y habiendo pasado al dominio común de las comunidades lingüísticas, se convierten en utilísimo instrumento (de los más poderosos, en realidad) para conseguir el objetivo de la comprensión intralingüística. En Longa (2008) y Longa & Ló-

En realidad, el estándar, planteado en estos términos, estaría apropiándose de uno de los beneficios que, por sí mismos y sin instrucciones, los hablantes habrían conseguido no premeditadamente: una realización lingüística que los supera a la que habrían llegado contactándose local, social e intercomprensivamente. Abundando más en esta idea, podríamos decir, incluso, que las lenguas estándar vendrían a proponerse como una especie de atractores artificiales que, conscientemente configurados e intencionadamente diseminados, transmutarían rasgos de las virtudes de la autoorganización (la intercomunicación labrada localmente) en condicionamientos dirigidos por grupos de hablantes e implantados para la circulación lingüística intercomunitaria (un cauce comunicativo no logrado concertadamente, sino de obligado cumplimiento institucional).

El rol desempeñado por las variedades estándar en relación al dispositivo autoorganizado localmente por los hablantes trae a la memoria lo que acontece a determinados sistemas complejos radicados en algunos seres vivos que se enfrentan a la acción de sistemas de menor complejidad. Comentando la actuación de los virus cuando tratan de infectar la célula, Solé (2009: 85) llega a la conclusión de que todo sistema complejo, con un contenido de información elevado y con potencialidad para explotar recursos externos, es susceptible de ser parasitado por una entidad de menor complejidad que, a pesar de ello, se muestra capaz de extraer recursos de su sistema huésped. Esto es lo que parece ocurrir, punto por punto, al sistema de variedades lingüísticas configurado por la interconexión de idiolectos, por una parte, y la incardinación forzada de las lenguas estándar en aquel sistema. Del procesamiento de información externa viven los agentes lingüísticos locales que interactúan, para la intercomprensión, ajustando sus idiolectos respectivos, explotando, de esta manera, los recursos que se les presentan en el entorno. El estándar, a su vez, hace acopio (extrae del sistema lingüístico autoorganizado de los idiolectos) de la cualidad de la facilitación de la intercomunicación para ser propuesto como solución lingüística de compromiso (pero, recordémoslo, de compromiso no concertado).

Aunque, por supuesto, no haya que desdeñar la incidencia poderosa de esta clase de intentos de introducción e infiltración de conductas lingüísticas orientadas sobre comportamientos originariamente descentralizados, lo cierto es que estos últimos sobreviven y funcionan conflictivamente dentro de un mapa lingüístico en el que, hasta el momento, la balanza no se inclina definitivamente hacia el polo del accionar ascendente de las bases lingüísticas locales ni, tampoco, del lado de las intervenciones homogeneizadoras que se quieren hacer descender sobre lo que trata de consolidarse llevado de su propio dinamismo.

pez Rivera (2009) se pueden encontrar, ampliadas, razones que explican lo rentable que, comunicativamente hablando, puede llegar a ser el uso de las variedades estándar. Esta rentabilidad no hace, sin embargo, del estándar una variedad intrínsecamente superior; como señala Ghomeshi (2010: 85): “It is good to have a standard, but the standard is not ‘good’. A standard form of a language serves as a lingua franca among people who speak different dialects of that language. It is simply a common language”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BECKNER, C. *et al.* (2009): "Language Is a Complex Adaptive System: Position Paper". En N. C. Ellis & D. Larsen-Freeman (eds.): *Language as a Complex Adaptive System*. Chichester: Wiley-Blackwell, 1-26.
- BOURDIEU, P. (1982): *Ce que parler veut dire: l'économie des échanges linguistiques*. Paris: Librairie Arthème Fayard. Tr. esp. *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal, 2001.
- BURGHARDT, G. M. (1977): "Ontogeny of communication". En T. A. Sebeok (ed.): *How animals communicate*. Bloomington: Indiana University Press, 71-97.
- CANGELOSI, A. & D. PARISI (2002): "Computer simulation: A new scientific approach to the study of language evolution". En A. Cangelosi & D. Parisi (eds.): *Simulating the Evolution of Language*. London: Springer Verlag, 3-28.
- COOPER, D. L. (1999): *Linguistic Attractors. The Cognitive Dynamics of Language Acquisition and Change*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- COSERIU, E. (1957): "Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico", *RFHC XV*: 201-355. Reed. *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*. Madrid: Gredos, 1978³.
- COSERIU, E. (1973): *Lezioni di linguistica generale*. Torino: Boringhieri. Tr. esp. *Lecciones de lingüística general*. Madrid: Gredos, 1981.
- COULMAS, F. (1989): "Democracy and the crisis of normative linguistics". En F. Coulmas (ed.): *Language Adaptation*. Cambridge: Cambridge University Press, 177-93.
- DE LA BLANCA DE LA PAZ, S.; V. M. LONGA, & J. J. LÓPEZ RIVERA (2010): "Identidad lingüística y educación: hacia una verdadera escuela democrática". *Revista Pedagogía & Lenguajes* 6/12: 62-73.
- GELL-MANN, M. (1994): *The Quark and the Jaguar: Adventures in the Simple and the Complex*. New York: W. H. Freeman & Co. Tr. esp. *El quark y el jaguar. Aventuras en lo simple y lo complejo*. Barcelona: Tusquets, 1995.
- GHOMESHI, J. (2010): *Grammar Matters. The Social Significance of How We Use Language*. Winnipeg: Arbeiter Ring Publishing.
- GOODWIN, B. (1994): *How The Leopard Changed Its Spots. The Evolution of Complexity*. New York: Charles Scribner's Sons. Tr. esp. *Las manchas del leopardo. La evolución de la complejidad*. Barcelona: Tusquets, 1998.
- GORDON, D. (1999): *Ants at Work. How an Insect Society Is Organized*. New York: W. W. Norton & Co.
- GRIBBIN, J. (2004): *Deep Simplicity. Chaos, Complexity and the Emergence of Life*. London: Allen Lane. Tr. esp. *Así de simple. El caos, la complejidad y la aparición de la vida*. Barcelona: Crítica, 2006.
- HAMILTON, W.D. (1964): "The genetical evolution of social behavior. I and II". *Journal of Theoretical Biology* 7: 1-16 y 17-52.
- HOCKETT, Ch. F. (1958): *A Course in Modern Linguistics*. New York: The Macmillan Company. Tr. esp. *Curso de Lingüística Moderna*. Buenos Aires: EUDEBA, 1972.
- HOLLAND, J. H. (1995): *Hidden Order: How Adaptation Builds Complexity*. Reading (Mass.): Addison-Wesley. Tr. esp. *El orden oculto. De cómo la adaptación crea la complejidad*. México: FCE, 2004.
- HOLLAND, J. H. (2005): "Language Acquisition as a Complex Adaptive System". En J. W. Minett & W.S-Y. Wang (eds.): *Language Acquisition, Change and Emergence. Essays in Evolutionary Linguistics*. Hong Kong: City University of Hong Kong Press, 411-35.

- HÖLDOBLER, B. & E. O. WILSON (1994): *Journey to The Ants. A Story of Scientific Exploration*. Harvard University Press. Tr. esp. *Viaje a las hormigas. Una historia de exploración científica*. Barcelona: Crítica, 1996.
- JOHNSON, S. (2001): *Emergence. The Connected Lives of Ants, Brains, Cities and Software*. New York: Scribner. Tr. esp. *Sistemas emergentes. O qué tienen en común hormigas, neuronas, ciudades y software*. Madrid/México: Turner/FCE, 2003.
- KAUFFMAN, S. (1995): *At Home in the Universe. The Search for the Laws of Self-organization and Complexity*. New York: Oxford University Press. Reed. en London: Penguin Books, 1996.
- KIRBY, S., K. SMITH & H. BRIGHTON (2004): "From ug to universals: linguistic adaptation through iterated learning". *Studies in Language* 28/3: 587-607.
- LABOV, W. (1972): *Sociolinguistic patterns*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press. Tr. esp. *Modelos sociolingüísticos*. Madrid: Cátedra, 1983.
- LEWIN, R. (1992): *Complexity. Life at the Edge of Chaos*. New York: Macmillan. Tr. esp. *Complejidad. El caos como generador de orden*. Barcelona: Tusquets, 1995.
- LONGA, V. M. (2008): "Sobre prejuicios lingüísticos y la necesidad de desterrarlos del ámbito educativo: dialecto estándar y dialectos no estándares". *Aula de Encuentro* 11: 167-86.
- LONGA, V. M. & J. J. LÓPEZ RIVERA (2009). "Algunos comentarios críticos sobre el libro *Ha-blár con corrección*, de Pancracio Celdrán Gomariz". *Estudios de Lingüística. Universidad de Alicante* 23: 353-70.
- MORENO CABRERA, J. C. (2006): *De Babel a Pentecostés. Manifiesto plurilingüista*. Barcelona: Horsori Editorial.
- MORENO CABRERA, J. C. (2008): *El nacionalismo lingüístico. Una ideología destructiva*. Barcelona: Península.
- PENNY, R. (2000): *Variation and Change in Spanish*. Cambridge: Cambridge University Press. Tr. esp. *Variación y cambio en español*. Madrid: Gredos, 2004.
- RITT, N. (2004): *Selfish Sounds and Linguistic Evolution: A Darwinian Approach to Language Change*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SOLÉ, R. (2009): *Redes complejas. Del genoma a Internet*. Barcelona: Tusquets.
- SOLÉ, R. V., O. MIRAMONTES & B. C. GOODWIN (1993a): "Emergent behavior in insect societies: Global oscillations, chaos and computation". En H. Haken & A. Mikhailov (eds.): *Interdisciplinary Approaches to Nonlinear Complex Systems*. Berlin: Springer Verlag, 77-88.
- SOLÉ, R. V., O. MIRAMONTES & B. C. GOODWIN (1993b): "Oscillations and chaos in ant societies". *Journal of Theoretical Biology* 161/3: 343-57.
- STEELE, L. (1997): "The synthetic modelling of language origins". *Evolution of Communication* 1/1: 1-34.
- STEWART, I. (1998): *Life's other Secret. The New Mathematics of the Living World*. New York: John Wiley. Tr. esp. *El segundo secreto de la vida. Las nuevas matemáticas del mundo viviente*. Barcelona: Crítica, 1999.
- TURNER, H. (2002): "An introduction to methods for simulating the evolution of language". En A. Cangelosi & D. Parisi (eds.): *Simulating the Evolution of Language*. London: Springer Verlag, 29-50.
- WEIß, H. (2007): "A question of relevance. Some remarks on standard languages". En M. Penke & A. Rosenbach (eds.): *What Counts as Evidence in Linguistics*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins, 181-208.
- WEINRICH, U. (1954): "Is a Structural Dialectology Possible?". *Word* 10: 388-400.
- WILSON, E. O. (1971): *The Insect Societies*. Cambridge, MA: Belknap Press of Harvard University Press.
- WILSON, E. O. (1975): *Sociobiology. The New Synthesis*. Cambridge, MA: Harvard University Press. Tr. esp. *Sociobiología. La nueva síntesis*. Barcelona: Omega, 1980.